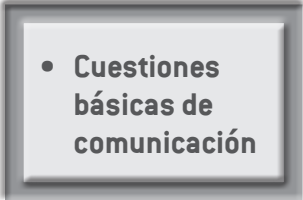

EXPRESO LO QUE SOY

Al expresarnos, esto es, al emplear el lenguaje verbal y no verbal, transmitimos lo que pensamos, sentimos y, en definitiva, lo que somos. Así sucede también en el aula, donde mostramos a nuestros alumnos quiénes somos a través de nuestra palabra y nuestra actitud. Por ello, el lenguaje se puede definir como un instrumento de expresión y comunicación entre seres humanos, que tiene carácter universal (la especie humana está capacitada para utilizarlo) y privativo (ninguna otra especie emplea este sistema).



- **Cuestiones básicas de comunicación**

Elementos de la comunicación

Los elementos que intervienen en este proceso de expresión y comunicación son los siguientes:

Código: signos y reglas de combinación que permiten formular y comprender un mensaje. El código de la comunicación lingüística es la lengua.

Emisor: persona que codifica el mensaje y lo transmite al receptor usando el código de la lengua.

Receptor: persona que recibe el mensaje codificado del emisor y lo descodifica utilizando el mismo código de la lengua.

Mensaje: lo que el emisor transmite al receptor (por escrito u oralmente).

Canal: medio a través del que se transmite el mensaje desde el emisor al receptor. En la comunicación oral, el canal son las ondas sonoras. En la escrita, las letras en el papel o en cualquier otro soporte (digital, por ejemplo).

Contexto: lo que rodea la emisión del mensaje (características físicas y psicológicas de los interlocutores, ambiente, tiempo...).

Referente: realidad a la que se alude en el mensaje (aquello sobre lo que se habla o escribe).

Ruido: lo que obstaculiza la transmisión del mensaje (voces, tráfico, golpes, distracciones...).

Redundancia: mecanismo del código para garantizar que el mensaje se decodifique adecuadamente. Por ejemplo, en la oración «*Las maestras son trabajadoras*», hay una repetición en tres ocasiones de género (artículo, sustantivo, adjetivo) y en cuatro de número (artículo, sustantivo, verbo y adjetivo).

1

PRÁCTICA

👤 **A continuación, vas a ver un vídeo titulado «No te entiendo». Indica en qué elementos del proceso comunicativo se presentan problemas.**

Funciones del lenguaje

Los seres humanos recurrimos al lenguaje con propósitos muy diversos, que quedan recogidos en las siguientes funciones:

Expresiva o emotiva: se relaciona con el emisor, que utiliza el lenguaje para la expresión de sus sentimientos (manifiesta su actitud ante aquello que comunica). Se refleja en la entonación, las interjecciones, los diminutivos...

Apelativa: se relaciona con el receptor, sobre el que se pretende influir para que haga o deje de hacer algo. Se plasma en los vocativos, las interrogaciones, las oraciones imperativas...

Referencial, denotativa o representativa: se relaciona con el referente y consiste en la transmisión de información.

Fática: se relaciona con el canal. Se refleja en fórmulas como «¿verdad?», «¿no?», etc.

Metalingüística: se relaciona con el código, ya que se produce cuando el lenguaje se emplea para hablar sobre el propio lenguaje.

Poética: se relaciona con el mensaje, ya que se centra en la forma del lenguaje (metáforas, comparaciones...).

②

PRÁCTICA

📖 **Lee el siguiente fragmento e indica y justifica qué funciones del lenguaje se reflejan.**

Piensas que entrarás en el aula, te quedarás parado un momento, esperarás a que se haga el silencio, les verás abrir los cuadernos y preparar los bolígrafos, les dirás tu nombre, lo escribirás en la pizarra, te pondrás a enseñar.

Tienes en tu mesa el programa de Lengua Inglesa que te ha proporcionado el centro. Les enseñarás ortografía, vocabulario, gramática, comprensión de la lectura, redacción, literatura.

No ves el momento de llegar a la literatura. Mantendréis debates animados sobre poesías, obras de teatro, ensayos, novelas, relatos cortos. Las manos de los ciento setenta estudiantes vibrarán en el aire, y ellos exclamarán «señor McCourt, yo, yo quiero decir algo».

Tienes la esperanza de que querrán decir algo. No quieres que se te queden mirando embobados mientras te esfuerzas desesperadamente por mantener viva la lección.

Devorarás con deleite los corpus de la literatura inglesa y estadounidense. Qué bien lo pasarás con Carlyle y Arnold, con Emerson y Thoreau. No ves el momento de llegar a Shelley, Keats y Byron, y al bueno de Walt Whitman. A tus clases les encantará todo ese romanticismo y rebelión, todo ese desafío. A ti mismo te encantará, porque muy dentro de ti y en tus sueños, eres un romántico desenfadado. Te ves a ti mismo en las barricadas.

Los directores y otras figuras de autoridad que pasen por los pasillos oirán ruidos de emoción en tu aula. Mirarán por la ventanilla de la puerta, asombrados al ver tantas manos levantadas, interés y emoción en las caras de esos chicos y chicas, de esos fontaneros, electricistas, esteticistas, carpinteros, mecánicos, mecanógrafas, torneros.

Te nominarán para recibir premios: Profesor del Año, Profesor del Siglo. Te invitarán a Washington. Eisenhower te dará la mano. Los periódicos te pedirán a ti, un simple profesor de secundaria, tu opinión sobre la educación. Esto será un notición: a un profesor de secundaria le piden su opinión sobre la educación. Caray. Saldrás en la televisión.

(El profesor, Frank McCourt)

- 🗣️ **A continuación, vas a ver dos secuencias de la película *La historia de Ron Clark*. Reflexiona sobre las funciones del lenguaje.**

Los registros

El lenguaje que empleamos para expresarnos ha de ajustarse a las situaciones comunicativas en las que nos encontramos. Existe un registro culto y formal, propio de los contextos académicos, que presenta estructuras sintácticas elaboradas, precisión léxica, coherencia y cohesión. El registro coloquial, informal y familiar es característico de contextos de cercanía y confianza entre interlocutores, donde predominan estructuras sintácticas más simples, imprecisiones léxicas y algunos errores de coherencia y cohesión. Además, existe un registro vulgar, propio de los contextos en los que se desconoce la norma y donde se rastrean estructuras sintácticas erróneas («*A tus clases le encantará todo ese romanticismo y rebelión» por «A tus clases les encantará todo ese romanticismo y rebelión») y errores fónicos («*carácteres» por «caracteres»), morfosintácticos («*dijistes» por «dijiste») y léxico-semánticos («*¿Dónde está el profesor? Es que no lo busco» por «¿Dónde está el profesor? Es que no lo encuentro»).

③

PRÁCTICA

- 🗣️ **Vas a ver un vídeo titulado «Reforma laboral vs. reforma de la educación». ¿Qué registros emplean los interlocutores? Justifícalo.**

Competencia comunicativa (planos del lenguaje)

A la capacidad del hablante para expresarse y comunicarse de acuerdo a lo expuesto (conocimiento y dominio de los elementos de la comunicación, las funciones del lenguaje y los registros) se la denomina competencia comunicativa. Según el lingüista Eugenio Coseriu (1999), esta consiste en el dominio de los tres planos del lenguaje: el individual, el histórico y el universal.

Plano individual. Saber expresivo. Principio de adecuación

Es el dominio de los contextos comunicativos. El emisor debe ser adecuado en cada situación comunicativa, esto es, debe tener en cuenta el tema, los interlocutores y las circunstancias.

Plano histórico. Saber idiomático. Principio de corrección

Es el dominio de las normas de una lengua. Si estas no se conocen, el texto será incorrecto: «**dijistes*» / «*dijiste*». Para respetar la corrección, hay que atender a estos aspectos: fónico, gráfico, léxico y morfosintáctico.

Plano universal. Saber elocutivo. Principio de congruencia

Es el conocimiento general de las cosas y del pensar humano. Si el texto se ajusta a ambos, será congruente: «*El agua hierve a 100 grados*». En el caso contrario, incongruente: «**Los doce meses del año son seis: enero, marzo y mayo*». Para respetar la congruencia, hay que atender a estos aspectos: no contradicción, no repetición, no decir lo obvio, no decir lo imposible o extravagante, ser coherente y ser claro.

4

PRÁCTICA

- 🧠 **Aporta ejemplos en los que se transgredan los principios mencionados (adecuación, corrección –gráfica, fónica...– y congruencia –no contradicción, coherencia, claridad...–).**
- 🧠 **A continuación, vas a ver los vídeos «José Mota: encierro», «Cándida» y «Recortes anticrisis». Indica y justifica qué planos del lenguaje se transgreden.**
- 📄 **Lee el siguiente fragmento textual. Al igual que en la anterior actividad, indica y justifica qué principios y saberes del lenguaje se infringen.**

Luego estuve en casa de Trepatares, muy nombrados en la localidad por ser dueños de cuatro cines. Unos de invierno y otros de verano. Habíamos tres doncellas: la criada, el cuerpo de casa y yo. Lo mío era barrer las puertas, y ahí es cuando me empezó a perseguir un novio que luego ya me perseguía sin descanso, en horario ininterrumpido de mañana y tarde. Semana tras semana, los quinientos veinte días del año. El chico vivía en mi calle. Era un mellizo, de esos que tienen un hermano semejante. Tenía dieciséis años y no pegaba un palo al agua. Un gamberro que estaba a costa del padre nada más. No hacía más que de preguntarme que si lo quería y yo venga a decirle de que no. A primera hora de la mañana, cuando salía con la escoba al portal, ya me esperaba él con la taleguilla al hombro.

–Cándida, me voy a trabajar.

–Pues vete, que yo no te veo trabajando.

–Es que si no me quieres me voy a quitarme la vida.

Sacaba la navaja del bolsillo y se la aproximaba al cuello, con la historia de que se iba a arrancar la nuez moscada si yo no contraía matrimonio nupcial con él. Muy insistente el hermano mellizo. Incluso, mucho después, estando ya casada y con hijos, me escribió una carta manografiada en un sobre blanco con rayas rojas y azules por los bordes. Dentro adjuntaba una foto suya con una dedicatoria muy estudiada: «Para la Cándida, desde Madrigal de las Altas Torres, cuna de Isabel la Católica, con recinto circular, estas líneas llenas de recuerdos feraces y pintorescos».

Dado el vínculo del matrimonio, a mí aquello no me pareció adecuado de una persona razonable y, en la primera ocasión que tuve la oportunidad de encontrármelo, se lo expuse claramente:

–Pero bueno, ¿a ti no te da vergüenza de escribirle a una mujer casada?

–Hombre, Cándida, ya que no he podido esposarme contigo, al menos que tengas un recuerdo postumo.

Una cosa mala. Para deshacerme de él tuve que poner los pies en polvo rosa. Sin avisar a nadie me marché a Jaén andando. Me fui por la mañana y por la tarde había llegado. Son solo veinticuatro kilómetros. Nada. Está Torre Gimeno, Torre del Campo y, de frente, la capital. Dando vueltas sin rumbo desconocido me encontré a un chico muy simpático que me llevó hasta una fonda. Me convidó y se fue para casa porque estaba de novio con otra. Hicimos una amistad buenísima. Le vi otras dos o tres veces y ya no recuperé su pista hasta muchísimo después, cuando salí convertida en moza del colegio. Eso sucedió muy posteriormente. Resulta que fui al mercado y le encontré vendiendo pescado y peces marítimos. Se llevó una sorpresa enorme. Me conoció de pronto y empezamos a salir. Sin en cambio, aunque él ya estaba casado, no me lo confesó. Fíjate, él hecho un mentiroso y yo, como vivía en la iznorancia...

*(Cuando Dios aprieta, ahoga pero bien,
de Guillermo Fesser)*

Las diferencias entre la comunicación oral y escrita

En la comunicación oral, el canal empleado es la voz, mientras que en la escrita, es un tipo de soporte como el papel o una pantalla de ordenador donde se plasman signos gráficos.

La comunicación oral se caracteriza por la espontaneidad y falta de planificación, lo que conlleva el empleo de estructuras sintácticas sencillas e imprecisiones léxicas. La comunicación escrita, por su parte, se caracteriza por una mayor planificación: estructuras sintácticas más elaboradas y precisión léxica.

Hay ocasiones en las que los rasgos orales pueden plasmarse por escrito, al igual que los escritos se pueden reflejar en lo oral. Así, por ejemplo, una ponencia presentará características de la comunicación escrita; un wasap enviado a un amigo, de la comunicación oral.

5

PRÁCTICA

 **Busca en los siguientes textos rasgos que consideres propios del lenguaje oral.**

Descubrimos hace un tiempo el delicioso *hummus* que sirven en La Bodeguita y desde entonces tenía ganas de hacerlo en casa. Ayer me armé de valor y lo intenté, pero la verdad es que cualquier parecido con la realidad fue pura coincidencia. Aquí entre nosotros el resultado fue bastante desastroso. Me quedó poco pastoso y con demasiado sabor a limón. Además, puestos a confesar, me pasé con el ajo en el tapenade que hice para acompañarlo... Un completico, vamos... Menos mal que tuve la intuición de que cogerle el truco a esta receta iba a ser más difícil de lo que pensaba y no invité a nadie a comer. Hubiéramos tenido que pedir una *pizza*...

Eso sí, que nadie se desespere que en realidad este plato no tiene mucho misterio. Soy yo que llevo una temporada un poco torpe... Garbanzos, ajo, *tahina*, comino, sal, zumo de limón y aceite de oliva son los ingredientes para el *hummus*. Tan sencillo como mezclarlos y echarles pimentón.

Lo acompañé con una pasta de aceituna negra como recomendaban en el blog *Gastronomía & Cía* y de haberme salido rica sé que hubiera sido muy buena idea. Sin duda, lo único que salvó el plato fue la base de pepino. Estaban deliciosos. Me los trajo Visus de su pueblo, Murillo el Fruto. ¡Mil gracias, bombero! Prometo acompañarlos mejor la próxima vez. Eso sí, mi aventura con el *hummus* no ha hecho más que empezar... ¡Volveré a intentarlo!

(«*Hummus 1-Sara 0*», Sara Nahum
en *Redcomiendo.DN*, 15/9/2011)

Me irritan profundamente los papás de los niños maleducados, porque en realidad ellos son los culpables de la mala educación de sus niños. Llevo un verano en que me he tropezado con unos cuantos ejemplos. Hace unos días, cenaba con mi familia en una terraza y apenas podíamos escucharnos porque al lado había una niña insoportable. La pequeña tendría seis o siete años, estaba con sus padres y un hermano un poco mayor, de 10 o 12. La niña había decidido que no le gustaba lo que tenía en el plato y se dedicó a lanzarlo a los cuatro vientos, de manera que en mi falda aterrizaron unos espaguetis. La madre de la criatura se disculpó diciendo: «Ya sabe usted cómo son los niños». No respondí. Minutos más tarde, la niña empezó a aporrear el plato haciendo ruido constante. Una señora que estaba en otra mesa sugirió a la madre que pusiera fin al concierto improvisado, pero ella respondió con otro: «Ya sabe cómo son los niños». Me dieron ganas de levantarme y decirle que ser niño no implica tirar los espaguetis o aporrear un plato, y que si lo hace para eso están sus padres, para enseñarle. Pero la mamá solo sonreía quitando hierro a la mala educación de la niña y el papá se mantenía en una distancia indiferente como si no fuera con él, mientras el hermano pasaba de todo, jugando con una maquinita de esas de matar marcianos.

No es la primera vez, ni será la última, que me topo en un restaurante con padres que piensan que los demás tenemos que aguantar la mala educación de sus hijos porque «son niños», de manera que les permiten hacer lo que les viene en gana. En un reciente fin de semana en la playa, tropecé con otra criatura por educar. Yo no suelo tumbarme al sol, pero acababa de salir del agua y me había sentado cerca de la orilla mientras me secaba. Estaba tan tranquila cuando un crío de unos cuatro años decidió divertirse echando arena a los bañistas. El niño cogió un puñado de arena en la mano, elegía una víctima e iba a soltar la carga. A un señor mayor le tiró la arena a los ojos; a mí, en la cabeza; a otro niño, en la boca; en fin, una gracia. También en esta ocasión la mamá se acercó para disculparse con el consabido: «Es que es un niño y no para». Que era un niño ya nos habíamos dado cuenta, que no paraba también, pero por qué su mamá o su papá no ponían remedio a que se dedicara a molestar al prójimo no tiene explicación.

Volví al hotel segura de encontrar una cierta tranquilidad y me senté mirando al mar disfrutando del momento. De repente, el sonido de una bocina me sobresaltó. Bueno, de una no, de media docena de trompetas de plástico a las que unos angelitos arrancaban un ruido infernal. Todos los que disfrutábamos del paisaje y de la tranquilidad nos vimos desbordados por el ruido. Un

grupo de mamás y papás contemplaban divertidos las idas y venidas de sus retoños y, eso sí, parecían inmunes al ruido. Pensé que a lo mejor llevaban tapones en los oídos, porque no podía creer que no les molestara. Un señor mayor les pidió a los niños que dejaran el concierto para otro ratito y un papá, enfadado, se levantó para reprochar al señor que hubiera pedido a los niños que dejaran las trompetas: «Son niños, tienen que jugar y este es un sitio público. Si le molestan, váyase a otro sitio». Es lo que hicimos la mayoría, ¿qué otra cosa podíamos hacer? (...)

(«Padres e hijos», Julia Navarro
en *Mujerhoy*, 19/9/2015)

Ayer mismo, caminando por la acera de una calle de Madrid, un niño de unos seis o siete años que iba despistado con sus padres, mirando el escaparate de una tienda, tropezó conmigo. Le acaricié la cabeza con una sonrisa, y ya iba a seguir adelante cuando escuché a su padre decirle al crío, con mucha naturalidad. «Mira por donde andas, por favor. Gracias». Y luego me dirigió una mirada de excusa. Entonces el niño, sin mirarme, dijo «perdón» y siguió su camino junto a ellos. Me quedé tan sorprendido por el suceso, por aquella reconvención paterna y la reacción del niño, del todo extraordinarias en estos tiempos, que volví la cabeza para verlos alejarse. Eran dos padres jóvenes, normales. Dos padres de infantería. Pero aquellos diez segundos junto a ellos habían hecho hermosa la mañana, y la calle parecía otra, más despejada y luminosa, y al fin continué mi paseo aún con la sonrisa en la boca, pensando que Dios o el diablo aprietan, pero nunca ahogan, y que siempre hay quien se salva, y te salva. O te da esperanza. Que siempre quedan uno, o diez, o cien, justos en Sodoma. E incluso en Gomorra.

Hay días, como ayer, en los que lamento no ser millonario, como el tío Gilito o el que sea su equivalente ahora. Pero no un millonitis cualquiera, sino de verdad, a lo bestia, de esos que pueden pagarlo todo y comprar cuanto se les pone en el morro. Un fulano con viruta suficiente para crear varios centenares, o miles, de becas para niños bien educados. Niños a los que sus padres les hayan enseñado, previamente, que las buenas maneras hacen mejor el mundo, nos hacen mejores a todos y son mecanismo clave, puerta franca para acceder a lugares y corazones. Niños, por ejemplo, como los de mi amigo Etienne de Montety, que cada vez que invitaba a cenar en su casa hacía que sus cuatro hijos, entonces de entre diez y dieciséis años, se encargaran de recibir y atender a los visitantes, cosa que hacían todos con una formalidad y una

responsabilidad exquisitas. O aquel otro zagal de ocho o nueve años que una vez se me acercó con mucho aplomo junto a un bar de la Plaza Mayor y dijo: «Oiga, señor, ¿puede pedirle un vaso de agua al camarero, por favor?... Tengo sed, y como soy pequeño, puede que a mí no me haga caso».

Por eso digo que, si tuviera una pasta gansa, crearía las becas Reverte Malegra Verte. Mandaría a mis agentes por todo el mundo a buscar niños de ambos sexos bien educados, para pagar sus estudios y dedicarlos luego, cuando fuesen grandes, a la ciencia, las humanidades, la vida social y la política. Y también, de paso, gratificaría a los padres que los educaron. Financiaría el merecido bienestar de quienes les enseñaron a decir buenos días, por favor y gracias, a manejar los cubiertos, a no hablar con la boca llena, a vestirse con decoro según cada momento de la vida, a no tutear a las personas mayores, a comprender que una sonrisa, una palabra adecuada, un gesto cortés y de buena crianza, tan propios de la gente humilde como de la más afortunada, son la mejor tarjeta de visita, todavía hoy, incluso en un mundo que, como el nuestro, se va poquito a poco al carajo.

Pero eso sí. Ya metido en faena, si como dije fuera millonetis sin límite y sin tasa, también es posible que se me fuera la pinza y me diese un chungo en plan Bin Laden, o Doctor No, o profesor Moriarty –el Napoleón del crimen, enemigo de Sherlock Holmes–, y comprara una isla llena de aparatos electrónicos, misiles nucleares y Úrsulas Andress, o lo que equivalga ahora a eso; y también un gato de Angora para acariciarlo en plan canónico mientras enviaba por el mundo a mis sicarios en plan ninjas suicidas, en comandos implacables que se curraran la otra cara de la luna. Algo así como una brigada pesticida, letal, higiénica, secuestradora y exterminadora de padres de niños, e incluso de algún niño que otro –todos acaban siendo adultos– de esos groseros y maleducados (...).

(«El Napoleón del crimen», A. Pérez Reverte
en *XL Semanal*, 25/10/2015)

- 💡 A continuación, vas a ver los vídeos de unas charlas impartidas por el profesor y filósofo Fernando Savater y por el pedagogo Javier Urra. Reflexiona sobre los rasgos de la comunicación oral y escrita en sus intervenciones.

«No te entiendo»:



La historia de Ron Clark [21:43-23:26 y 37:29-41:24]:



«Reforma laboral vs reforma de la educación»:



«José Mota: encierro»:



Cándida:



«Recortes anticrisis»:



Charla de Fernando Savater:



Clase magistral de Javier Urra:



Para aplicar esta frase, «Expreso lo que soy», necesito conocer...

- ...los elementos de la comunicación: código, emisor, receptor, mensaje, canal, contexto, referente, ruido y redundancia.
- ...las funciones del lenguaje: expresiva/emotiva, apelativa, referencial/denotativa/ representativa, fática, metalingüística y poética.
- ...los registros: culto/formal, coloquial/informal/familiar y vulgar.
- ...los planos del lenguaje: individual/expresivo/adecuación, histórico/idiomático /corrección y universal/elocutivo/congruencia.
- ...las diferencias entre la comunicación oral y escrita: más espontaneidad y mayor planificación, respectivamente.